

ro es que aunque sea de gran precio la satisfacción que ofrezca un Mediador nunca conseguirá el ofensor ni gracia, ni reconciliación porque así lo pide la razón y la justicia. Además: un Mediador puede imponer las condiciones que quiera á aquellos á quienes va á servir de Mediador para salvarlos de un gran castigo: y las condiciones impuestas á nosotros por nuestro divino Mediador para que participemos del fruto de su mediación, son estas: que satisfagamos con él nosotros: que cada uno de nosotros tome su cruz y lo siga que amemos á Dios con todo nuestro corazón y al prójimo como á nosotros mismos, y que guardemos sus otros mandamientos. Y para cumplir con estas condiciones, hemos de estar unidos á nuestro Mediador por medio de una fe viva, como están unidos los miembros de un cuerpo á su cabeza *Christus caput est ecclesie: ipse salvator corporis ejus.*<sup>1</sup> Y unidos á nuestro Mediador por medio de una fe viva por las buenas obras, amamos á Dios con todo nuestro corazón, y este amor necesariamente va junto con el dolor de haberle ofendido, y el dolor de haberle ofendido necesariamente va junto con obras de satisfacción: y con obras de satisfacción, con dolor de haber ofendido á Dios, y con amor á nuestro Sr. Jesucristo, verdaderamente nos unimos á él como miembros á su cabeza; y entonces sí, sus méritos son nuestros, nuestras buenas obras son de mucho valor delante de Dios, y nada tiene que ver la justicia de Dios con nosotros, y no tenemos mas que entrar al reino de los cielos cuando Dios nos saque de este mundo. Los que así salen de este mundo, pero que por no haber tenido tiempo van debiendo la pena temporal ó satisfacción que debían dar á Dios por sus pecados, van primero á un lugar que se llama el Purgatorio, allí pagan la pena temporal que iban debiendo, y luego van al cielo. Pero si no cumplimos aquellas condi-

<sup>1</sup> Ephes. cap. 5. v. 23.

ciones que nos impone nuestro divino Mediador, seremos condenados á los castigos eternos, como si no hubiera habido redención. Así lo dispuso Dios muy justamente, porque en verdad quedaria envilecido el precio de nuestra redención, si participáramos de él sin arrepentirnos de nuestros pecados; fuera envilecida la gloria de Dios si entráramos en ella sin haber tenido en nuestro corazón la virtud de la penitencia. Llevarnos Dios á su reino, y darnos parte en la herencia de su Hijo, sin arrepentirnos nosotros de nuestros pecados, y sin hacer penitencia de nuestra mala vida, no es digno de Dios. Pero todo nos lo mereció la misma redención. Nos mereció que Dios nos infunda la virtud de la fe y la virtud de la penitencia: nos mereció la gracia de participar de los Sacramentos, y la gracia de la justificación que nos dá fuerzas para hacer buenas obras. Nuestro Sr. Jesucristo obró nuestra redención, y estableció los Sacramentos, y con ellos dejó en nuestras manos los medios de aplicarnos dignamente los efectos divinos de esa eterna redención.

#### CAPÍTULO XXXIV.

##### DOCTRINA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO ACERCA DE LA SANTÍSIMA EUCHARISTÍA.

Ved aquí un grande misterio, la Santísima Eucaristía que es el Sacramento y el Sacrificio del cuerpo y sangre de nuestro Sr. Jesucristo. Es Sacramento porque contiene real y verdaderamente el cuerpo, y la sangre, y la alma y la divinidad de nuestro Sr. Jesucristo bajo las especies de pan y vino. Y es sacrificio porque el cuerpo y sangre de nuestro Sr. Jesucristo son verdaderamente ofrecidos á Dios Padre para tributarle la mas agradable acción de gracias que se le puede tributar. Eso significa la palabra Eucaristía acción de gracias.

Ya el Señor había explicado este misterio, y sus palabras divinas quedaron escritas en el Evangelio de S. Juan. Por el discurso con que el Señor, explicó este Santísimo Sacramento para persuadir que en él está presente con una presencia real y verdadera, comencaré. Despues hablaré de la institución de este mismo admirable Sacramento, y diré cuales son sus efectos en el que lo recibe dignamente, y explicaré como es sacrificio, y como el Señor instituyó sacerdotes para hacer durar este Sacramento santísimo y divino sacrificio hasta el fin de los siglos.

Para referir el evangelista S. Juan el discurso de que voy á hablar, dice primero: mucha gente seguia siempre al Señor, porque veían los milagros con que sanaba á los enfermos; y un dia estando en un monte sentado con sus discípulos, habiendo alzado los ojos, vió á una gran multitud de hombres que iban ácia donde él estaba. Luego que llegaron dijo á sus discípulos: haced sentar á esas gentes. Y se sentaron como en número de cinco mil. Entonces tomó el Señor cinco panes que tenia allí un muchacho, y dos peces; y dando gracias á su Eterno Padre de que tenia su omnipotencia, los repartió por medio de sus discípulos entre los que estaban sentados, dandoles á todos cuanto querian. Y despues que quedaron saciados, se recogieron y llenaron doce canastos de pedazos, que de los cinco panes sobraron á los que habian comido. Aquellas gentes cuando vieron el milagro que el Señor había hecho, (el milagro fué que el pan creció al tiempo de repartirlo,) decian: sin duda este es el Profeta que ha de venir al mundo. Querian decir: el Mesias, el Redentor prometido. Al dia siguiente fueron otra vez en busca del Señor; y el Señor recordándoles el milagro de los cinco panes, les habló del pan divino del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, sacramento que habia de establecer la vispera de su muerte. Dijo de sí mismo que

es pan del cielo, pan que dá vida eterna, que su carne debe ser comida, y su sangre debe ser bebida.<sup>1</sup> He aquí las palabras todas con que se espresó el Señor. Este es el discurso con que explicó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, para persuadir que en él está presente con una presencia real y verdadera.

„En verdad, en verdad os digo que me buscáis porque comisteis del pan y os saciasteis. Trabajad no por la comida que se consume, sino por la que permanece para vida eterna, comida que os dará el Hijo del hombre.”

Y le dijeron: ¿qué harémos para hacer obras agradables á Dios?

Respondió Jesus y les dijo: esta es la obra agradable á Dios, que creais en aquel que él envió.

Entonces le dijeron: ¿pues qué milagros haces tú, para que creamos en tí? Es verdad que has alimentado por una vez á cinco mil hombres con cinco panes, pero nuestros padres en número de seiscientos mil y mas, comieron, no por una vez, sino por espacio de cuarenta años en el desierto el maná que Moisés les hacia bajar del cielo todos los dias, segun está escrito: les dió á comer pan del cielo. ¿Qué haces tú pues de extraordinario que se parezca á esto?

Y Jesus les dijo: en verdad, en verdad os digo que no os dió Moisés pan del cielo. Tenia el maná este nombre, porque era figura del pan del cielo. Mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Porque pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo.

Ellos pues le dijeron: Señor danos siempre ese pan.

Jesus les contestó: yo soy el pan de la vida: el que viene á mí no tendrá hambre: y el que en mí cree nunca jamás tendrá sed. Mas ya os he dicho que me habeis visto hacer muchos milagros, y no creéis en mí. Y es

<sup>1</sup> Joann. cap. 6. vv. 1. 25.

que vosotros no sois del número de aquellos que mi Padre me ha dado; porque todo lo que mi Padre me da, vendrá á mí; y aquel que viene á mí no lo echaré fuera; porque descendí del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. Y esta es la voluntad de mi padre que me envió: que no pierda ni uno de los que él me dió, sino que los resucite á todos en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre que me envió: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y por tanto yo lo resucitaré en el último día.

Y los judios murmuraban de él, porque habia dicho: yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Y decian: ¿no es este Jesus el Hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo pues dice descendí del cielo?

Mas respondiendoles Jesus, les dijo: no esteis murmurando entre vosotros. Nadie puede venir á mí, si no lo trajere el Padre que me envió, y yo lo resucitaré en el último día. Escrito está en los Profetas: y todos serán enseñados de Dios. Asi todo aquel que oyó del Padre, y aprendió, viene á mí. No porque alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, este si ha visto al padre. En verdad, en verdad os digo otra vez: el que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne que yo debo entregar á la muerte por la vida del mundo.

Entonces los judios comenzaron á disputar unos con otros y decian: ¿cómo puede este darnos á comer su carne?

Y Jesus les dijo: en verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebie-

reis su sangre no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna: y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora, y yo en él. Como el Padre que me envió vive por si mismo, y yo vivo por él Padre de la misma vida suya que me comunica: asi tambien el que me come, él mismo vivirá por mí de mi propia vida que yo le comunique. Este es el pan que descendió del cielo. No come el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

Estas cosas dijo Jesus enseñando en la Sinagoga de Cafarnaum. Mas muchos de sus discípulos dijeron: este discurso es duro, ¿y quién puede escucharlo? ¿quién puede persuadirse que un hombre dé su carne á comer y su sangre á beber?

Y Jesus sabiendo de si mismo que murmuraban sus discípulos de esto, les dijo: ¿esto os escandaliza? ¿pues qué será si viereis al Hijo del Hombre subir á donde antes estaba? El espíritu es el que da la vida: la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os he dicho espíritu y vida son. Mas hay algunos de vosotros que no creen. Por esto os he dicho que ninguno puede venir á mí, sino le fuere dado de mi Padre.

Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron de su compañía, y no andaban ya con él. Con esto dijo Jesus á sus doce Apóstoles: ¿tambien vosotros quereis retiraros? Y Simon Pedro le respondió: ¿Señor, á quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna: y nosotros hemos creído y conocido que tu eres el Hijo de Dios.<sup>1</sup>

Así enseñó Nuestro Sr. Jesucristo la doctrina de la Eucaristía en Cafarnaum, una de las ciudades mas gran-

<sup>1</sup> Joann. cap. 6. vv. 27. 70.

des y populares de los hijos, y en medio de sus Sinagogas á la cual concurria el pueblo de todas partes. Lo que debemos creer en este punto lo reveló el Señor muy claramente y con la mayor sencillez. Dijo: yo soy el pan vivo que descendió del cielo: quien comiere de este pan vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi carne. Mi Padre os dá el verdadero pan del cielo: el pan que descendió del cielo, y da vida al mundo. Yo soy ese pan de la vida. Yo soy ese pan vivo que descendí del cielo.

Este modo de hablar es muy claro, y por lo mismo la impresion que naturalmente hicieron estas palabras en el espíritu de los que las escuchaban, fué de no tener otra inteligencia que la misma que manifiestan. Por eso sorprendidos los Judios se decian unos á otros: ¿cómo dice este que descendió del cielo? ¿cómo puede este darnos á comer su carne? Tan claro así es lo que dijo el Señor: Yo soy el pan vivo que descendí del cielo: el pan que yo daré es mi carne: quien comiere de este pan vivirá eternamente. Y se conoce mas la claridad de lo que dijo el Señor por lo que sigue.

Cuando vió la inteligencia que dieron á sus palabras, y que estaban escandalizados por lo que habia dicho, lo repitió con palabras mas claras, si puede decirse, y mas precisas y mas enérgicas. En verdad, en verdad os digo, así se expresó el Señor, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros: quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida: quien come mi carne y bebe mi sangre está en mí, y yo en él. Así como el Padre que me envió, es la primera fuente del ser y de la vida, y yo vivo de la vida que recibí del Padre; así tambien el que me coma, vivirá de la vida que recibirá de mí. Este es el pan que descendió del cielo: quien coma de este pan vivirá eternamente.

Explicacion tan clara no deja lugar á la duda. El Señor dice: que su cuerpo real y verdaderamente es comida, y que su sangre real y verdaderamente es bebida: que esta comida y esta bebida real y verdadera dá vida divina: y que por esta comida y por esta bebida el Señor está en el que lo come, en el que come al Señor, y el que come al Señor está en el Señor. Explicacion tan clara y palabras tan enérgicas y tan precisas no permiten que se dude que es lo que se intenta decir. Asegurados, pues los Judios de que la intencion espresa del Señor era persuadir que real y verdaderamente habia de dar á comer su carne y á beber su sangre, dijeron muchos: dura, insoportable es esta doctrina, nosotros no podemos escucharla. ¿Quién se puede persuadir que un hombre dé á comer su carne y á beber su sangre?

Y el Señor les dijo: ¿esto os escandaliza? ¿pues qué será si viereis al Hijo del Hombre subir á donde antes estaba? Como si les dijera: si no creéis que puedo daros á comer mi carne, ahora que estoy con vosotros aquí en la tierra, ¿cuánto mas increíble os parecerá que os pueda dar á comer mi carne, cuando haya sido elevada al cielo, y gloriosa é inmortal esté á la diestra de la Magstad de Dios?

Y los Judios decian en su interior: no es posible persuadirnos que pueda darnos á comer su propia y verdadera carne. Fuera necesario despedazarla y dividirla; y despedazándola y dividiéndola no podría vivir.

Las pruebas que el Señor habia dado ya de que él era el Hijo de Dios, y que tenia un infinito poder, merecian que aquellos hombres creyeran á sus palabras; y sino podian comprender como podría dar á comer su carne y á beber su sangre, (lo cual en verdad era una cosa nueva é inaudita,) debian contentarse con creer; y su fé los hubiera preparado para la inteligencia de un misterio tan sublime y tan divino. Pero no hacian mas que formarse difi-

cultades para no creer este misterio grande. Entonces les dijo el Señor: el espíritu es el que dá la vida; quiso decir: Dios que á todos alumbrá si se le someten, *erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*,<sup>1</sup> es quien dá la inteligencia de esto que yo he dicho, que en verdad es elevado y sublime, y no se puede alcanzar con solo la luz natural. Les dijo tambien: la carne de nadá aprovecha; quiso decir: no de una manera baja y carnal se han de entender mis palabras, como si mi carne debiera ser partida en pedazos. Les dijo tambien: las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida; quiso decir: mis palabras se han de entender de una manera sobrenatural y divina, sin que se quite por eso la sustancia y la realidad de carne, y la sustancia y la realidad de sangre. Y viendo el Señor que persistían en su incredulidad concluyó con estas palabras. Por esto os he dicho que nadie puede venir á mí, si mi Padre no se lo concediere. Y no dió mas explicacion.

Inmediatamente muchos de sus discípulos comenzaron á irse. Y no por eso se explicó el Señor de otra manera, ni moderó, ni restringió, ni interpretó lo que habia dicho; sino que se contentó con decir á sus Apóstoles: ¿y vosotros quereis tambien retiraros? Señor, le respondió S. Pedro, tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Hijo de Dios. Y si la mente del Señor hubiera sido prometer, no su propia y verdadera carne, sino una cosa que fuera representacion de su carne, ¿no éra muy regular por amor á la verdad y á los discípulos que se retiraban escandalizados, el que el Señor les dijera que no se escandalizáran; que lo que prometía dar sería una cosa que representara su carne y no su misma carne? Mas no lo hizo así. ¿Qué quiere decir esto? Que el Señor prometió dar su misma carne.

<sup>1</sup> Joann. cap. 1. v. 9.

El Señor dijo: todos los que me dá el Padre á mi vendrán; y aquellos que vienen á mí de parte de mi Padre no los echaré fuera. Y si cuando decia: mi Padre os dá el verdadero pan del cielo, yo soy ese pan, el pan que yo daré es mi carne; hablaba no de su propia y verdadera carne, sino de una cosa que representára su carne, ¿no és muy claro que para no echar fuera aquellos discípulos, que se iban porque no creyeron que podia dar á comer su propia y verdadera carne, estaba en el caso de manifestarles que el pan de que hablaba sería una cosa que representára su carne, y no su misma carne? Mas no lo hizo así, sino que los dejó ir, esto es, los hechó fuera. ¿Qué quiere decir esto? Que el Señor habló de su propia y verdadera carne. Descendí del cielo, dijo tambien el Señor, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió; y ésta es la voluntad del Padre que me envió, que no pierda ni uno de todos aquellos que él medió. Y si explicando el pan divino que habia de dar á comer, hablaba el Señor, no de su propia y verdadera carne, sino de una cosa que fuera representacion de su carne, ¿no és muy claro que para no perder aquellos que se iban porque no creyeron, estaba en el caso de manifestarles, que el pan de que hablaba, sería una cosa que representaría su carne y no su misma carne? Mas no lo hizo así; sino que dejó ir, esto es, dejó perder á los discípulos que no creyeron que podia dar á comer su propia y verdadera carne. ¿Qué quiere decir esto? Que el Señor habló de su propia y verdadera carne.

¿Qué, replicará alguno, estas palabras *el pan que yo daré es mi carne*, no las diría el Señor figurada ó metafóricamente? *Quien come mi carne y bebe mi sangre*, ¿no diría esto el Señor para significar otra cosa? *Mi carne verdaderamente es comida, mi sangre verdaderamente es bebida*, ¿no será esto una alegoría, ó un enigma que no se deba

entender en el sentido propio y literal de las palabras?

No. La esposicion clara y sencilla que hizo nuestro Sr. Jesucristo de la doctrina de la Eucaristía, no es una alegoría ó enigma, no es una locucion figurada, no es una parábola. Cuando el Señor hablaba con parábolas ó comparaciones, intentando debajo del sentido natural de lo que decia otro sentido figurado con el fin de ocultar á los soberbios y á los incrédulos los misterios del reino de los cielos, que por su misma ceguera y orgullo no podian ó no querian entender, tenia cuidado de explicar á sus Apóstoles la verdadera inteligencia que debian dar á sus palabras, porque á vosotros, les decia, se os ha concedido entender los misterios del reino de Dios.<sup>1</sup> Mas lo que dijo enseñando la Eucaristía, nunca la explicó de otra manera. Vió como recibian sus discípulos la doctrina que acababa de esponerles, y que por ella muchos se retiraban, dejando de reconocerlo por Mesias; y no por eso se explicó el Señor de otra manera: vió la impresion que hicieron aquellas sus palabras: *el pan que yo daré es mi carne, mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida*: vió la inteligencia que les dieron, que fué la misma que ellas manifestaban, y que naturalmente comprenden todos (aunque los que no creyeron que el Señor podia dar á comer su carne y á beber su sangre, se imaginaban su carne partida en pedazos), vió que los que no creyeron se escandalizaron, y se retiraron; y no por eso ni al comun de sus discípulos, ni á sus Apóstoles en lo particular lo explicó jamás de otra manera, sino que dejó sus palabras en su propia y natural significacion, en su sentido propio y literal: dejó que la impresion que hicieron estuviera por la propia y verdadera inteligencia de lo que habia enseñado, á saber: que como una verdadera comida habia de dar á comer su carne, y como una verdadera

<sup>1</sup> Matth. cap. 13. Marc. cap. 4. v. 34. Luc. cap. 9. v. 10.

bebida habia de dar á beber su sangre; aunque no de una manera comun y ordinaria, esto es, no partiendo en pedazos su adorable carne, para darla á los que la comieran: ni dividiendo en porciones su adorable sangre, para repartirla á los que la bebieran; sino dando á comer viva y entera su adorable carne, y dando á beber viva y toda su adorable sangre: y no percibiendo esto los sentidos, sino en un Sacramento admirable que ocultara su verdadera carne y su verdadera sangre: y no consumiendo su adorable carne, y su adorable sangre, sino que recibida y comida su adorable carne, y recibida y bebida su adorable sangre no se consumen.

El Señor dijo á los que no creyeron que podia dar á comer su carne: *¿pues que será si vieréis al Hijo del hombre subir á donde antes estaba?* Como si les dijera: si experimentais dificultad para creer que os puedo dar á comer mi carne ahora que estoy con vosotros aquí en la tierra, ¿cuánto mas grande será esa dificultad de creer que os puedo dar á comer mi carne, cuando mi carne ya esté en el cielo? Y si el Señor hablaba, no de su propia y verdadera carne, sino de un pan bendito, que fuera imagen ó figura de su carne, ¿porqué habia de ser mas grande la dificultad de creer que podia dar ese pan bendito, cuando ya su carne estuviera en el cielo? Luego la intencion espresa del Señor fué persuadir que real y verdaderamente habia de dar á comer su carne y á beber su sangre. Luego aquellas sus palabras: *el pan que yo daré es mi carne, quien come mi carne y bebe mi sangre, mi carne verdaderamente es comida, mi sangre verdaderamente es bebida*, se deben entender en su sentido propio y literal, pues que no son una alegoría ó enigma, ni las dijo el Señor figurada ó metafóricamente, ó para significar otra cosa.

Por último, diré esto, que es muy concluyente: el Señor dice que dará á comer su carne; muchos de sus discípulos no lo creen, y el Señor condena su incredulidad

con estas palabras: por esto os he dicho que nadie puede venir á mí si mi Padre no se lo concediere. Los Apóstoles si creen que el Señor dará á comer su carne; y el Señor calla y los deja en su creencia. ¿Qué quiere decir esto? Que la creencia de los Apóstoles es la verdad. El Señor no habló mas sobre este punto, guardó un perpetuo silencio. ¿Qué quiere decir esto? Que con su silencio quiso que sus palabras con que enseñó la Eucaristía, quedáran en su propia y natural significacion, en su sentido propio y literal, para que se entendiera como lo entendieron y creyeron los Apóstoles que real y verdaderamente había de dar á comer su propia y verdadera carne, y á beber su propia y verdadera sangre.

## CAPÍTULO XXXV.

## INSTITUCION DE LA SANTISIMA EUCARISTIA.

Cuando llegó el dia en que el Señor había de instituir el Sacramento admirable, en el que había de dar á comer su carne y á beber su sangre, habló con la misma claridad y propiedad de palabras con que había hablado cuando prometió dar el pan de la vida, el pan de Dios, el pan que descendió del cielo, esto es, su carne.

Dice S. Lucas: „vino el dia en que no se comia de otros panes que de los azimos, y este era el dia en que era preciso inmolar el Cordero que se debía comer en la fiesta de la Pascua. Queriendo pues Jesus cumplir con esta obligacion, envió á Pedro y á Juan, diciendoles: Id á prepararnos la Pascua para que comamos. Y cuando fué hora se sentó á la mesa, y los doce Apóstoles con él. Y les dijo: ardentemente he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer la muerte. Despues, habiendo tomado el pan, dió gracias, y lo partió, y se los dió, diciendoles: **TOMAD Y COMED, ESTE ES MI CUERPO,**

**EL CUAL SE DA POR VOSOTROS: HACED ESTO EN MEMORIA MIA.** Del mismo modo tomó tambien el cáliz, que tenia vino mezclado con agua, dió gracias á su Padre, lo bendijo, y se los dió á sus discípulos, diciendoles: **BEBED TONOS DE ÉL; PORQUE ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE SERÁ DERRAMADA A FAVOR DE VOSOTROS Y Á FAVOR DE MUCHOS PARA REMISION DE LOS PECADOS.**<sup>1</sup>

Había pasado mas de un año despues de que el Señor enseñó en Cafarnaum la doctrina de la Eucaristía, y se acercaba la solemnidad de la Pascua. La Pascua de la antigua ley era una ceremonia religiosa que consistia en esto: en cierto dia del año se sacrificaba á Dios un Cordero, y despues de sacrificado se comia la carne de la víctima con pan azimo, que quiere decir, pan sin levadura. Pues para celebrar esta ceremonia religiosa, mandó el Señor á dos de sus Apóstoles que prepararan el Cordero y los panes azimos. Llegado que fué el dia, celebró la Pascua, y cuando fué hora se sentó á la mesa para comer la carne de la víctima con sus Apóstoles, y les dijo: ardentemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi pasion. Lo había deseado el Señor ardentemente, porque para esa Pascua tenia resuelto dar á los hombres el testimonio mas estupendo y la prenda mas preciosa de su amor, dándoles á comer su cuerpo y á beber su sangre, con el fin de unirse á ellos muy íntima y estrechamente. Y luego tomó el pan en sus santas y venerables manos, y levantando los ojos al cielo, y dando gracias á Dios su Padre Omnipotente por el infinito poder que él tambien tenia, bendijo el pan y lo partió, y lo dió á sus Apóstoles diciendoles: tomad y comed, este es mi cuerpo. Tomó tambien el cáliz, un cáliz en que le habian puesto vino mezclado con agua, lo tomó en sus santas y vene-

1. Matth. cap. 26. vv. 26. 27. 28. Luc. cap. 22. vv. 7. 8. 14. 15. 19. 20.

rables manos, y dando tambien gracias á Dios su Padre Omnipotente por el infinito poder que él tambien tenia, bendijo el cáliz, y lo dió á sus Apóstoles diciendoles: bebed todos de él, porque ésta es mi sangre que está en este cáliz, sangre del nuevo Testamento, la cual será derramada á favor de vosotros, y á favor de muchos para remision de los pecados. El Padre le dió al Hijo su Omnipotencia, cuando le comunicó su naturaleza divina en su generacion eterna; y con esa omnipotencia, con ese infinito poder el Hijo nuestro Sr. Jesucristo con solo decir: ESTE ES MI CUERPO: ESTA ES MI SANGRE, convirtió el pan en su propio cuerpo y el vino en su propia sangre. Nuestro Sr. Jesucristo es Dios, pues que el Padre le comunicó su naturaleza divina en su generacion eterna: y Dios dice por boca de un profeta: mis palabras una vez salidas de mi boca, no volverán á mi vacias, sino que harán todo lo que yo quiero. Así pues estas palabras dichas por nuestro Sr. Jesucristo: *este es mi cuerpo: esta es mi sangre*, no volvieron á él vacias, sino que obraron todo lo que el Señor quiso: convirtieron el pan en su propio cuerpo, y el vino en su propia sangre. ¿Cómo? No lo sabemos. Nuestro Sr. es Dios, y Dios dice por boca de un profeta: mis pensamientos no son los pensamientos vuestros, ni mis caminos son vuestros caminos; sino que como se elevan los cielos sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre los caminos vuestros, y mis pensamientos sobre los pensamientos vuestros. No alcanzamos pues como convirtió el Señor el pan en su propio cuerpo, y el vino en su propia sangre. Pero así lo hizo. Lo que dijo enseñando la doctrina de la Eucaristía acerca de dar á comer su carne y á beber su sangre lo prueba bien; y la energia, la claridad, y propiedad de las palabras con que habló cuando hizo la institucion de la misma Santísima Eucaristía, acaban de poner en una perfecta evidencia la presencia real y verdadera de su

cuerpo y de su sangre en ese Santísimo Sacramento. Y si nó, juntemos las palabras que dijo enseñando primero la doctrina de la Eucaristía, á las que dijo despues haciendo la institucion de la misma Santísima Eucaristía. *El pan que yo daré es mi carne: mi carne verdaderamente es comida: mi sangre verdaderamente es bebida*, así dijo el Señor enseñando la Eucaristía. *Tomad y comed este es mi cuerpo: bebed, ésta es mi sangre*, así dijo. Despues, haciendo la institucion de la Santísima Eucaristía; y palabras tan precisas, y tan conformes y consiguientes evidentemente no pueden tener otra significacion que la que les es propia, y patentísima, y naturalmente comprenden todos, á saber: la presencia real y verdadera del cuerpo y de la sangre del Señor en ese Sacramento, ó el Señor engañó. Porque afirmar en terminos que persuaden la realidad, el que se dará una cosa, afirmar despues el que se da ya la cosa prometida; y afirmarlo tambien en términos que persuaden la realidad; y no dar sino una sombra, ó una figura, ó un signo que represente lo que se habia prometido y que se dice que se dá, es engañar. Afirmar el Señor que daría á comer su carne, como lo afirmó con estas palabras: *el pan que yo daré es mi carne*, esto es, yo daré á comer mi carne; y afirmarlo en términos que persuaden la realidad de su carne; como lo afirmó con estas palabras: *el pan que yo daré es mi carne que yo debo entregar á la muerte por la vida del mundo: mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida: si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros: el que come mi carne, y bebe mi sangre tiene vida eterna: el que come mi carne y bebe mi sangre en mi mora y yo en él: el que me come, vivirá de mi propia vida que yo le comuniqué*. Si estas palabras no persuaden la realidad de la carne del Señor, ¿qué querran decir? Afirmar el Señor despues que da-



ba ya á comer su carne y á beber su sangre, como lo afirmó con estas palabras: *comed, éste es mi cuerpo: bebed, ésta es mi sangre*; y afirmarlo en términos que persuaden la realidad de su carne y de su sangre, como lo afirmó con estas palabras: *éste es mi cuerpo, el cual se dá por vosotros*, esto es, será entregado á la muerte para la salvacion de vosotros: *ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que será derramada á favor de vosotros, y á favor de muchos para remision de los pecados*; y al fin á pesar de tanta claridad, y energia, y propiedad de palabras no dar sino pan bendito en lugar de su cuerpo, y vino bendito en lugar de su sangre, ciertísimamente fuera engañar, y el Señor no pudo engañar. Este ejemplo nos dejó para que sigamos sus pisadas, dice S. Pedro, no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca.<sup>1</sup> Por tanto la claridad, la energia, y la propiedad de las palabras conque el Señor habló cuando hizo la institucion de la Eucaristía acaban de poner en una perfecta evidencia la revelacion de su presencia real y verdadera en ese Santísimo Sacramento.

Ademas, cuando el Señor hizo la institucion de la Eucaristía llamó á su sangre, sangre del nuevo Testamento. Vease porque: Dios prometió como herencia á los descendientes de Abraham la tierra de Canaan:<sup>2</sup> y tambien prometió como herencia á los que recibieren la fé de nuestro Sr. Jesucristo los bienes del cielo: y como las herencias se dan por testamento, á estas dos promesas de Dios se les llama en la Escritura los dos Testamentos, el testamento antiguo y el testamento nuevo: y como de este testamento nuevo es medidor nuestro Sr. Jesucristo, porque por medio de él hace Dios la promesa de dar los bienes del cielo á los que reciben la fé del mismo nuestro Sr. Jesucristo su Hijo: y como donde hay testamento necesario es que intervenga la muerte del testador, porque

1 Petr. cap. 2. v. 22. —2 Psalm. 104. v. 11

el testamento no tiene fuerza sino por la muerte; por lo cual ni aun el testamento antiguo fué celebrado sin sangre que figurara la muerte del testador: en el nuevo testamento, en el que todo es verdad y realidad de lo que en el testamento antiguo estaba figurado, intervino realmente la muerte del testador que es el mediador nuestro Sr. Jesucristo. Selló nuestro Sr. Jesucristo con su sangre el testamento nuevo, y testamento eterno porque ha de durar para siempre. Por esto dijo: ésta es mi sangre del nuevo y eterno testamento.

De aquí se sigue que podemos discurrir así: nuestro Sr. Jesucristo selló con su propia y verdadera sangre la promesa de dar á los fieles los bienes del cielo, y por esto llamó á su sangre, sangre del nuevo testamento;

Es así que lo que nuestro Sr. Jesucristo presentó á sus Apóstoles en el cáliz fué la sangre del nuevo testamento.

Luego lo que nuestro Sr. Jesucristo presentó á sus Apóstoles en el cáliz fué su propia y verdadera sangre.

Misterio de fé llamó tambien el Señor á este Santísimo Sacramento cuando lo instituyó. Misterio es una verdad que presenta una cosa que se ve, y oculta otra que no se ve. Y si en ese Sacramento no está el cuerpo y la sangre del Señor, si ahí no hay mas que lo que se ve, vino y pan bendito, ¿cuál es la cosa que oculta ese Sacramento, cual es la cosa que oculta ese Misterio, y que no se ve? ¿Porqué pues, dice, nuestro Sr. Jesucristo que es Misterio de fé? Todo demuestra evidentemente que está revelada sin que quede la menor duda, la presencia real y verdadera del cuerpo y de la sangre del Señor en la Santísima Eucaristía.

Por último, nuestro Sr. Jesucristo les dice á sus Apóstoles que les da á comer su cuerpo que vá á ser entregado á la muerte: y á beber su sangre que habia de ser derramada;

Es así que su propio y verdadero cuerpo fué entrega-

do á la muerte, y su propia y verdadera sangre fué derramada:

Luego les dió á comer su propio y verdadero cuerpo, y á beber su propia y verdadera sangre.

Este Sacramento admirable de la Santísima Eucaristia, instituido por nuestro Sr. Jesucristo en la sagrada noche de su última Cena, debia durar siempre. Para esto dijo á sus Apóstoles: *haced esto en memoria mia. Haced esto*, quiere decir; celebrad estos Misterios como veis que yo los celebro. *En memoria mia*, en memoria del Señor, quiere decir: que con estos Misterios se ha de estar renovando la memoria de la muerte del Señor, hasta que el Señor venga al fin de los siglos. Y con estas palabras pronunciadas por el Señor Todopoderoso: *haced esto en memoria mia*, quedaron revestidos los Apóstoles de un carácter divino, esto es, quedaron hechos sacerdotes para que ellos y sus sucesores en el sacerdocio celebraran siempre los Sacrosantos misterios del cuerpo y de la Sangre del Señor.

Y los Apóstoles los celebraron hechos sacerdotes de la nueva ley, sacerdotes primeramente de segunda dignidad por la virtud divina de aquellas palabras del Señor, *haced esto en memoria mia*; y hechos despues sacerdotes de primera dignidad, que quiere decir sacerdotes con la plenitud del sacerdocio, cuando el Señor resucitado ya, sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo, hechos, digo, los Apóstoles sacerdotes de primera dignidad, ellos por medio de la imposición de manos y de la invocación del Señor, segun fueron enseñados por el mismo nuestro Sr. Jesucristo, instituyeron á otros, sacerdotes tambien de primera dignidad; y á otros los instituyeron sacerdotes solamente de segunda dignidad. Los de primera dignidad tambien instituyeron á otros, y esos á otros; y quedó divinamente establecida la sucesión por la cual ha venido hasta nuestros dias y pasará hasta el fin de los siglos el sacerdocio de los Apóstoles ó Sacramento del orden.

El Ministro de este Sacramento es el mismo que tiene la plenitud del sacerdocio, el sacerdote de primera dignidad. El, imponiendo las manos sobre el que va á ser nuevo sacerdote, tambien de primera dignidad, pide á Dios que le dé á ese su nuevo ministro la gracia del Sumo sacerdocio: y tocándole despues la cabeza, le dice: *recibe al Espíritu Santo*, como les dijo el Señor á sus Apóstoles cuando les dió la plenitud del sacerdocio: y luego le unge la cabeza y las manos con el Crisma precioso.

Imponiendo tambien las manos el mismo ministro del orden sobre el que va á ser sacerdote de segunda dignidad, pide á Dios que lo revista de la dignidad sacerdotal de segundo orden, y que le imprima un carácter indeleble y sagrado para que represente la persona del Sumo y eterno Sacerdote, y transforme, pronunciando aquellas sus palabras santas; *éste es mi cuerpo: ésta es mi sangre*, el pan en el cuerpo, y el vino en la sangre del Señor: é invoca sobre él al Espíritu divino el mismo ministro del orden: y despues le unge y le bendice las manos, se las unge con oleo santo para que todo lo que bendigan sea bendito, y todo lo que consagren sea consagrado: y luego le presenta el vino y la hostia del sacrificio de la misa, y en el nombre del Señor le dá la potestad sacerdotal de ofrecer sacrificio á Dios y celebrar misas por los vivos y por los difuntos.

Asi de unos á otros por una sucesión santa ha venido y pasará hasta el fin de los siglos el sacerdocio de la nueva ley. Esto dispuso el Señor para que los Apóstoles primero, y despues los sucesores de los Apóstoles, los sucesores en la plenitud del sacerdocio, y los sacerdotes de segunda dignidad, sucesores tambien de los Apóstoles en el sacerdocio, celebrarán siempre los Sacrosantos misterios del cuerpo y de la sangre del Señor. Y los sacerdotes los celebrán, y de mano de ellos reciben los fieles y comen real y verdaderamente el cuerpo de nuestro

Sr. Jesucristo bajo las especies de pan, así como real y verdaderamente lo comieron los Apóstoles que lo recibieron de la misma mano del Señor.

Ya se deja entender que el sacerdote que celebra no es quien hace esta obra de la omnipotencia de convertir el pan en el cuerpo del Señor y el vino en su sangre, sino el mismo nuestro Sr. Jesucristo que es Dios, cuyas palabras pronuncia el sacerdote, para lo cual está revestido de un carácter divino, aquel carácter de que revistió el Señor á sus Apóstoles, cuando les dijo: *haced esto en memoria mia*. El sacerdote representando á nuestro Sr. Jesucristo pronuncia estas palabras: *este es mi cuerpo: ésta es mi sangre*, y nuestro Sr. Jesucristo con su poder infinito convierte al momento el pan en su propio cuerpo y el vino en su propia sangre, así como lo hizo en la sagrada noche de la Cena, en que celebró la Pascua por la última vez. Nuestro Sr. Jesucristo es quien consagra en nuestros altares, así como consagró en el Cenáculo de Jerusalem él es quien consagra, el sacerdote no es más que ministro suyo. Obrando el poder infinito de nuestro Sr. Jesucristo toda la sustancia del pan se convierte de una manera admirable y singular en la sustancia de su cuerpo, y toda la sustancia del vino se convierte de la misma manera en la sustancia de su sangre. Después de la consagración del pan no queda sustancia de pan; aunque sí quedan las especies ó apariencias de pan, que son el color, la figura, el gusto y todos los efectos del pan. Así también después de la consagración del vino no queda sustancia de vino; aunque sí quedan las especies ó apariencias de vino, que son el color, la humedad, el gusto y todos los efectos del vino. Nuestros sentidos encuentran siempre en ese Sacramento admirable todas las apariencias y todos los efectos de pan y de vino; pero nuestro entendimiento no debe contemplar allí sino el infinito poder de nuestro Sr. Jesucristo que

es Dios. No debemos juzgar por lo que allí perciben los sentidos. Vemos pan y vino; pero ninguna otra cosa hay después de la consagración sino el cuerpo vivo del Señor, aquel mismo cuerpo que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y la sangre viva del Señor aquella misma sangre que fué derramada en la Cruz. Era vino antes de la consagración; por la consagración se hizo la sangre del Señor, la misma sangre que nos dá derecho á la gloria. Era pan antes de la consagración; por la consagración se hizo el cuerpo del Señor, el mismo cuerpo que nació de la Virgen, y ahora está sentado en el cielo á la diestra del Padre.

Dirá alguno: ¿pero qué, el cuerpo del Señor baja del cielo? No. ¿El cuerpo del Señor es mudado? No. Es aumentado? No. ¿Es multiplicado? No. ¿Es concebido de nuevo? No puede ser. Es el mismo cuerpo del Señor que está en el cielo, y no baja del cielo, ni es mudado, ni es aumentado, ni multiplicado, ni concebido de nuevo, y está siempre á la diestra del Padre, y persevera en sustancia él mismo sin mutación.

¿Pues cómo se hace presente en nuestros altares?

Por la consagración el pan se convierte en el cuerpo del Señor y el vino en su sangre. He aquí toda la explicación de este Sacramento admirable. No podemos decir más. Pero esto es muy claro: el pan permaneciendo pan no puede ser el cuerpo del Señor; y el Señor dijo por su propia boca, y dice ahora por boca de su ministro el sacerdote: *este es mi cuerpo*. El vino permaneciendo vino no puede ser la sangre del Señor; y el Señor dijo por su propia boca, y dice ahora por boca de su ministro el sacerdote: *ésta es mi sangre*. Luego por la consagración el pan se convierte en el cuerpo del Señor, y el vino en su sangre: toda la sustancia del pan se convierte en la sustancia del cuerpo del Señor, y toda la sustancia del vino se convierte en la sustancia de su san-

gre. Inmediatamente despues de la consagracion ecsiste bajo las especies de pan el verdadero cuerpo del Señor, y ecsiste bajo las especies de vino la verdadera sangre del Señor. Y ecsisten el cuerpo juntamente con su sangre, y con su alma, y con su divinidad; y la sangre juntamente con su cuerpo, y con su alma, y su divinidad. En virtud de las palabras de la consagracion que pronuncia el sacerdote en persona del Señor está el cuerpo del Señor bajo las especies del pan, y está su sangre bajo las especies del vino; mas por la natural union que tienen entre sí el cuerpo y la sangre y la alma del Señor que despues que resucitó está siempre vivo para no volver á morir; y porque en el Señor la naturaleza humana y la naturaleza divina están inseparablemente unidas en unidad de persona, el mismo cuerpo del Señor tambien está bajo las especies de vino juntamente con su sangre, y con su alma y su divinidad; y la misma sangre del Señor tambien está bajo las especies del pan juntamente con su cuerpo y con su alma y su divinidad. Nuestro Sr. Jesucristo, Dios y hombre, con su cuerpo, con su sangre, con su alma y con su divinidad ecsiste y permanece bajo las especies del pan, y asi tambien ecsiste y permanece bajo las especies del vino, desde que es hecha la consagracion. Y dividida de las especies del pan, ó de las especies del vino alguna partícula, el mismo nuestro Sr. Jesucristo, íntegro, no dividido, está, ecsiste y permanece en la partícula como en el todo. *Fracto demum sacramento, ne vacilles, sed memento tantum esse sub fragmento, quantum toto tegitur.* Cuando se parte el pan ó se divide el vino despues de consagrados, la particion ó division se hace en el signo sacramental.<sup>1</sup> no en el Señor que se contiene en el signo sacramental tanto en el todo, como en cual-

<sup>1</sup> Concil. Trid. ses. 13. caps. 3. 4. Can. 2. 3. 4. Catec. Rom. part. 2. cap. 4. part. 36.

quiera partícula dividida del todo. *Nulla rei fit scissura, signi tantum fit fractura: qua nec status, nec statura signati minuitur.*

## CAPÍTULO XXXVI.

## OBJECIONES CONTESTADAS SOBRE LA EUCARISTÍA.

Pero los sentidos constante y uniformemente testifican otra cosa: los sentidos ven y tocan y gustan pan y vino. Y atendiendo á lo que dicta la razon no se hace creíble que el cuerpo de un hombre, aunque ese hombre sea tambien Dios, esté en muchos lugares sin multiplicarse: ó si no se multiplica, no se concibe como estando en muchos lugares puede ser el mismo. Tampoco se concibe como puedan estar el color, la figura, la humedad, el gusto, todos los accidentes, todas las apariencias de pan y vino sin haber sustancia de pan y sustancia de vino: ni como pueda estar un cuerpo humano sin perder su estatura en espacios tan pequeños como los que ocupan la hostia, el cáliz, y tambien cualquiera partícula. ¿Y no es verdad que Dios nos ha dado la razon y los sentidos como origen de nuestros conocimientos y para que juzguemos de todas las cosas?

Todo esto dicen, impugnando el misterio de la Santísima Eucaristía los enemigos de la doctrina católica. Iremos respondiendo por partes.

Es verdad que los sentidos testifican otra cosa, y no lo que enseña la doctrina de la Eucaristía; mas el testimonio de Dios es superior al testimonio de los sentidos. Aunque los sentidos pues testifican una cosa, si Dios dice otra, es evidente que debemos creer lo que testifica Dios, y no lo que testifican los sentidos. ¿O porqué los sentidos no están de acuerdo con el testimonio de Dios? ¿No creeremos al testimonio de Dios? ¿O por no decir